

---

## LA CONSTRUCCIÓN DE MUNDOS SUBJETIVOS EN ESCENARIOS DE VIOLENCIA COTIDIANA

*Neftalí Secundino Sánchez*

### INTRODUCCIÓN

En este trabajo nos proponemos mostrar distintas expresiones sobre los cambios en lo que podríamos llamar microexperiencias de la vida cotidiana, para referirnos a experiencias específicas de las personas que han habitado durante los últimos años en lugares, bajo el asedio de la violencia en Acapulco. Cuando hablamos de lo específico de los comportamientos asumidos, tratamos también “de aquellas maneras propias de percibir el mundo, de articularse con el tejido urbano (...) con el orden social (Guattari, 1998, p. 46), de los procesos de subjetivación.”

Al respecto de la producción de subjetividad, retomamos lo manifestado por Guattari (1998):

Allí donde hay indiferencia, serialidad, abandono, desprecio, se pone en movimiento una máquina social, intelectual, afectiva, y que hace que el mundo se nos presente de otro modo, haciéndonos sentir parte de algo que no estaba antes, como agentes creadores de futuro (pp. 80-81).

Constituye este trabajo, asimismo, una iniciativa por mostrar cómo las personas recrean antiguos puntos de referencia; para “experimentar nuevas articulaciones funcionales, que permiten la emergencia y la puesta en marcha de otras coordenadas de existencia virtualmente portadoras de nuevos universos de referencia, susceptibles de adquirir consistencia suficiente para revertir una situación” (Norambuena, 1998, en Introducción. Guattari, F. 1991, p. 11)

Este documento es extracto de un informe que preparamos en relación con la percepción social de los actores educativos sobre la violencia escolar en escuelas primarias de algunas comunidades del país. Acapulco fue una de ellas. El trabajo de investigación estuvo bajo mi responsabilidad, y contó con la colaboración de un equipo de estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional en la Unidad Acapulco.

Esta contribución se centra particularmente en los testimonios de los habitantes de las colonias en las que se ubicaban las escuelas en las que se realizó el estudio.

El trabajo constituye una iniciativa empírica, algunos de sus resultados pueden ser analizados tomando prestadas ideas de la psicología cultural. Es un tema que podría convertirse naturalmente en un tópico de estudio y de intervención: el estudio de la mente en escenarios de asedio, provocado, como en el caso que voy a proponer, por la violencia derivada de las acciones del narcotráfico. Para expresarlo con Bruner (2012), mediante la investigación podemos comunicar “realidades palpables y objetivas (...) como cosas de la mente” (p. 37).

Una idea más general de tal teoría:

Sitúa el surgimiento y el funcionamiento de los procesos psicológicos dentro de los encuentros cotidianos, mediados social y simbólicamente, de las personas en los acontecimientos vividos de su existencia diaria. Estos acontecimientos se organizan en gran parte (...) por una “psicología popular”, que proporciona un sistema por el cual las personas organizan su experiencia en

el mundo social, su conocimiento sobre él, y sus transacciones con él (Cole, 1999, p. 102-103).

El estilo en el que se presenta este trabajo, los autores convocados en distintos momentos del recorrido de la exposición y su alcance, no postula un análisis crítico del fenómeno de la violencia; es más bien un enfoque documental, un testimonial de los hechos cotidianos tal como los vamos recogiendo, ordenando y dando coherencia, de las diversas iniciativas por sobrevivir en circunstancias adversas para la vida cotidiana. Para volver a Bruner, adoptamos un estilo narrativo, una forma extendida con la que cuentan los seres humanos para organizar y gestionar su conocimiento y, como lo advertimos ya, nos propusimos “tratar de la gente y sus situaciones” (Bruner, 2012, p. 60).

De ahí la recurrencia a diversos autores sin una aparente línea de conexión, porque cuando se escribe, y en abierta concesión a Deleuze y Guattari (2002), “lo único verdaderamente importante es saber con qué otra máquina la máquina literaria puede ser conectada, y debe serlo para que funcione” (p. 10).

Quizá convenga desmarcarnos. No hemos adoptado el tema de la violencia por el eco que sus consecuencias, ciertamente muy notorias, han ocasionado en la sociedad de México, toda. No sustentamos las diversas reflexiones que atraviesan el escrito, y las derivas de trabajo con el que lo concluimos, acudiendo a grandes paradigmas antropológicos o sociológicos. No nos instalamos tampoco en el ambiente de unanimidad que se respira en los diversos escenarios de la realidad mexicana sobre la violencia.

El trabajo de investigación inició como una preocupación intelectual y académica de lo que pasa en la escuela con respecto al tema. Con Foucault (1992), diríamos al respecto que:

El papel del intelectual no es el de situarse “un poco en avance o un poco al margen” para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las

formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del “saber”, de la verdad, de la “conciencia”, del discurso (p. 85).

Ciertamente, los alcances preestablecidos del proyecto preveían documentar los sucesos en el entorno de las escuelas desde la visión particular de los habitantes. Pero fue la contundencia de sus relatos lo que llevó finalmente a darle la relevancia que adopta en este reporte. En este sentido, narramos desde un yo plural, indirecto, habitado por la precaución, pero definitivamente sustanciado por la esperanza de vida que destilan los habitantes en cada acción documentada, y los relatos compartidos con los investigadores. Procuramos, así, dar vida a lo no narrado, en la variedad que hemos podido constatar, desde el grito contenido hasta la rebeldía de la liberación, así sea sólo psicológica. Ciertamente, por ahora, no proponemos conceptualizaciones puntuales que integren perspectivas para comprender el fenómeno, lo documentado acaso encauza narrativas incipientes de lo incomprensible, y para los autores la identificación con los moradores asediados.

En este sentido, los diferentes aspectos que integran este trabajo responden específicamente a estos alcances.

Encabeza el documento un apartado que tiene por finalidad comunicar situaciones específicas del contexto en el que se llevaron a cabo el conjunto de actividades, que nos permitieron no sólo entrar en contacto con el objeto de investigación, sino documentar gran parte de las experiencias sobre las que reflexionamos en el cuerpo del trabajo. Se podría configurar por derecho propio como el acceso al escenario.

En el segundo segmento, describimos la metodología que fungió como punto de partida, aunque, como comprobará el lector, fue insuficiente en la medida que la realidad resultaba altamente compleja y demandaba de instrumentos alternativos, esencialmente, para pensar los acontecimientos y darles coherencia.

Un tercer apartado, de similar sentido que el anterior, pretendía incursionar desde lo metodológico, pero en la dimensión

psicosocial de los habitantes. La aportación particular que propone, recae en el grupo singular de autores que van fungiendo como referentes para ir dialogando con las situaciones documentadas, darles coherencia, y comprender su funcionamiento.

Un siguiente apartado recoge las principales percepciones de los habitantes consultados, así como las diversas iniciativas que van construyendo desde posiciones casi siempre desventajosas por las constricciones que, desde diversas formas de apremio, han instalado los grupos de poder delincencial como formas de control en todo el territorio. Este apartado destaca por que aparecen y se entrecruzan distintas voces adultas.

Un quinto segmento trata de la destrucción de los lazos sociales como uno de los efectos específicos narrados por los habitantes; al mismo tiempo, recoge las estrategias erigidas para sobreponerse.

Finalmente, el documento cierra con un apartado de reflexiones, encaminadas a proponer posibles temas de trabajo, apuntando particularmente a evidenciar los registros de opciones que podrían ser factibles de instrumentar como tareas de investigación o intervención psicológica o social.

Como podrá advertirse, se trata sobre todo de dar cabida a un enfoque documental de las experiencias vividas y narradas por los habitantes; ésa es, ciertamente, su fortaleza pero, asimismo, muy probablemente también se trate de sus limitaciones.

## **ALGUNAS SITUACIONES DE CONTEXTO**

El trabajo de investigación se llevó a cabo, principalmente, en la zona oriente de la ciudad de Acapulco, Guerrero. Esta región geográfica concentra un núcleo poblacional asentado desde principios de los años setenta del pasado siglo XX, como consecuencia de la reubicación de pobladores, que en principio habían radicado en las partes altas de la ciudad. Otro segmento importante lo conforma aquella población proveniente del interior del estado y otros

lugares del país, que desde una década anterior arribaban al Puerto. Como en muchos de los casos, estos núcleos poblacionales de nueva creación carecieron por años de los servicios básicos, pero su crecimiento fue imparable hasta masificarse. Éste fue el rostro más visible de estos asentamientos, y hoy en día persisten muchas de esas antiguas características.

En el área de investigación convergen varias colonias, pero la mayor parte de ellas comparten las características de ser receptáculos de amplios núcleos poblacionales que fueron asentándose informalmente, mediante el procedimiento de toma de lotes bajo el signo del fenómeno conocido como paracaidismo. Por la naturaleza propia de estos asentamientos, se careció de una propuesta de planeación urbana, los servicios a la población fueron introducidos tardíamente; estos rasgos son típicos de amplias zonas marginadas, muestran un funcionamiento irregular e insuficiente.

Éstas son algunas de las condiciones que albergan a varios de los grupos que detentan el control férreo de una larga cauda de acciones delictivas vinculadas al trasiego, almacenaje, y consumo de estupefacientes, y guarida de un numeroso contingente de sicarios del variopinto mundo del narco, que mantienen al mismo tiempo el negocio de cobro de la extorsión a negocios, el robo de automóviles y el secuestro indiscriminado de personas.

En este contexto, se desarrollaron las primeras incursiones del equipo de investigadores, y se documentaron en forma de relatorías gran parte de las experiencias relatadas por los habitantes, comentadas en el cuerpo de este trabajo. En esta zona está ubicada una de las escuelas en las que llevamos a cabo la indagatoria específica sobre el tema de la violencia entre escolares.

Desde nuestra llegada a cada una de las escuelas, la información que nos proporcionaron fue que se presumía que habría padres de familia involucrados en alguna dimensión de los hechos de violencia en la ciudad. Había constancia material de padres de familia muertos y, en el caso específico de alguna de las escuelas, alumnos de la misma.

Era un fenómeno que se repetiría, para nuestra información, en cada una de las escuelas del estudio; al menos un padre de familia habría sido asesinado por presuntos nexos con el crimen organizado o como coletazos del mismo.

La segunda escuela, ubicada también en el polo oriente de la ciudad, es decir en la misma coordenada donde iniciamos el proyecto, y donde ocurriría ya en ese entonces uno de los episodios más álgidos de la violencia a principios del año 2013, había sido saqueada de todo el equipo multimedia del que disponía, hecho perpetrado por presuntos vecinos de la institución, quienes asimismo eran sus usuarios al enviar a sus hijos a esa escuela.

De manera que, con el conocimiento de estas circunstancias puntuales, y para preservar un conveniente nivel de seguridad del equipo de trabajo, se decidió no entrevistar a los padres de familia de estas escuelas, donde el riesgo permanecía latente durante el periodo de visitas.

## **APROXIMACIONES GENERALES DEL ESTUDIO**

El trabajo de investigación planteó de inicio un modelo de trabajo teórico y metodológico específico, buscando elementos orientadores tanto para guiar el trabajo de campo como para el análisis de la información recabada. Específicamente, se planteó elaborar cartografías sociales del contexto circundante a las escuelas, como de los interiores y los salones de clases de las escuelas seleccionadas para el trabajo de campo, ya que, en un principio, el objetivo principal del estudio se centraba en lo que pasaba en las escuelas.

A este trabajo le siguió la aplicación del modelo ecológico evolutivo de Bronfenbrenner, con la intención de caracterizar los contextos en los que se intervenía, y sus posibles efectos sobre las personas.

La violencia como objeto de estudio es un tema altamente sensible y complejo, y podemos optar por una gama amplia de enfoques analíticos para su comprensión. No obstante, en nuestro caso

retomamos muchos elementos de la perspectiva ecológica evolutiva (Bronfenbrenner, 2002), como un intento de articular de inicio las visiones que teníamos del tema, y como la manera más fiable en su momento de acceder a registros y formas de expresión en los diversos escenarios de la investigación: comunidades, escuelas, salones de clase.

Desde el modelo ecológico evolutivo se asume que lo que “cuenta para la conducta y el desarrollo es el ambiente como se lo percibe, más que como pueda existir en la realidad objetiva” (*Ibid*, p. 24). Y, justamente, la pretensión de nuestro proyecto de investigación era recoger la percepción que tenían diversos actores consultados con respecto a la violencia escolar.

La perspectiva ecológica, por otra parte, propone ver el mundo como un conjunto dinámico de redes y elementos en interacción (Tim, 2011). Las personas con problemas pueden ser vistas, en este sentido, como elementos dentro de estas redes, que reflejarían los valores humanos de la ecología a la que pertenecen.

La estructura de los entornos de una sociedad, como pone de manifiesto Bronfenbrenner (2002), “puede alterarse notoriamente y producir los cambios correspondientes en lo que respecta a la conducta y el desarrollo” (p. 24).

Este autor distingue varios niveles de interrelaciones. Al complejo presente en el entorno más inmediato del desarrollo de la persona lo denomina *Microsistema*. Reconoce, a su vez, que hay un principio de interconexión que aplica no sólo dentro de los entornos, sino en los vínculos entre estos, “aquellos en los que la persona en desarrollo participa realmente”, que denomina *Mesosistema*; en cuanto a tantos otros “en los que tal vez no entre nunca, pero en los que se producen hechos que afectan a lo que ocurre en el ambiente inmediato de la persona”, les da el nombre de *Exosistema*; por otro lado, existen patrones denominados *Macrosistemas*. El autor entiende esta estructura como una manifestación de los “patrones arqueados de la ideología y la organización de las instituciones sociales comunes a una determinada cultura o subcultura” (p. 27).

No obstante este posicionamiento teórico inicial, en el proceso, fundamentalmente al profundizar en el trabajo de campo, las conversaciones que se iban llevando a cabo, los registros, las observaciones, y las lecturas teóricas con las que intentábamos dar coherencia interpretativa, de a pronto fueron revelando y haciendo necesaria la adopción de puntos de vista que dieran cuenta cabal de las distintas experiencias comunicadas por los participantes, así como un estilo definido de comunicar los resultados.

La revisión de un conjunto amplio de literatura que aportaba ideas que nos hacían más inteligible el trabajo, nos llevó a ampliar la mirada más allá de un enfoque que intentara atrapar en generalidades las distintas expresiones de violencia que se iban manifestando, tanto por los entrevistados como las derivadas de los análisis de la información recopilada.

Así, se fueron incorporando, tanto en el proceso del trabajo de campo como en los análisis que se estaban llevando a cabo, autores como Foucault, De Certeau, Guattari, entre otros, que apuntaban a distintos aspectos del problema que al principio no visualizábamos.

El imprescindible Foucault (1990, 1992), primero, y particularmente, nos ofreció la oportunidad de comprender que, cuando los habitantes narraban los sucesos de la violencia, los vocablos sicario, levantones, narcotienditas, halconeos, entre muchos otros del diccionario del crimen, daban cuenta no sólo de los registros del terror, ni de la profusión de un grupo inédito de metáforas espaciales, sino que estábamos ante la existencia de una tecnología específica, una manera elocuente de instrumentar la fuerza: el surgimiento de instrumentos tecnológicos apropiados para instituir un poder, que fungían, a su vez, como un tipo de tecnología que, como Foucault planteaba, “determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de fines o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto” (*Ibid*, p. 48).

El autor sostendrá sobre este mismo y dilatado tema de su proyecto intelectual que: “El individuo, con sus características, su identidad, en su hilvanado consigo mismo, es el producto de una

relación de poder que se ejerce sobre los cuerpos, las multiplicidades, los movimientos, los deseos, las fuerzas” (*ibid*, p. 129).

La inteligibilidad aportada por la revisión de la literatura foucaultiana, aunque adopta cierta profusión en el texto, no se erigió en la columna vertebral del análisis, sino, como se advirtió párrafos arriba, a la par de la vocación que jugaron varios otros autores citados, ofreció la oportunidad de recoger, ordenar, dar coherencia y sentido a lo documentado.

Por su parte, De Certeau, un segundo autor central en la estructuración del objeto que intentábamos comprender en este primer tramo de la investigación, nos alertaba acerca de la necesidad de formular una metodología de búsqueda e interpretación propias, sobre lo encontrado en el terreno de lo empírico. Como él nos aconseja, “la interpretación es siempre una práctica localizada –como producción, ocurre en un lugar– y, en tanto producto, produce su propio lugar de producción” (De Certeau, citado en Benavides, 2004, p. 32).

En el proceso más íntimo del análisis del material empírico, de la revisión de las relatorías como un segundo plano del trabajo, todos aquellos intentos por mantener a las escuelas al margen de la violencia, que se revelaba cotidiana en la calles de la ciudad, las estrategias de prevención, o los ejercicios mismos de intervención ante los hechos, la aplicación de reglas disciplinarias establecidas por los directivos de las escuelas, cobraba mucho sentido de la mano de estos autores, ayudados por nuevos instrumentos, frente a los estragos causados en los contextos habitacionales.

## **EL INGRESO AL TERRITORIO: LA CARTOGRAFÍA PSICOSOCIAL DE LA VIOLENCIA**

Una actividad emprendida por los investigadores se abocó en principio a lograr una representación espacial donde se ubicaban las escuelas del estudio. Dado el conocimiento de algunos integrantes del equipo sobre ciertas características de las zonas, nos propusimos

extraer réditos de las ventajas interpretativas que podía concedernos la visualización de los lugares, más allá de la ubicación geográfica, aprovechando sus propias vivencias subjetivas al experimentar distintas formas de relación con esos espacios; reconociendo el hecho de haber vivido varios años ahí, realizado estudios de educación básica, y provenir de familias asentadas de origen en esos lugares. Eso, de algún modo, constituía una gran ventaja y, definitivamente, un capital para la investigación misma.

Nos proponíamos y nos interesaba como proyecto de equipo, y tal como sostienen Habegger y Mancilla (2006):

Desarrollar una pedagogía del territorio. A través de una construcción simbólica del territorio (entendido éste tanto por el espacio como por las relaciones que interactúan en y sobre él) se abren perspectivas para una mejor comprensión de la realidad territorial, de cómo vivimos el territorio que habitamos, y cómo construimos el futuro territorio que deseamos (p. 6).

Se destacaba con lo anterior entender y aprehender el territorio como el espacio desde dónde nos concebimos y pensamos lo que somos, y nuestra posición en él. Para interpretarlo, se trataba, en palabras de Guattari, “de reposicionar o de crear y experimentar nuevas articulaciones funcionales” (p. 12) como un aspecto necesario de la investigación.

Mediante la cartografía nos proponíamos, adicionalmente, obtener una imagen visual y descriptiva de las particularidades del territorio como sustento vital de sus habitantes, imagen ciertamente reconfigurada como resultado de las acciones específicas de la violencia en la ciudad, y que devenían difícilmente perceptibles sin la mirada desde nuestros papeles de investigadores.

Desde cierta óptica, con estos posicionamientos de base, presumíamos que era posible dar cuenta del poder que despliega la violencia sobre el terreno social, encarnada en el tema del neologismo narco y sus implicaciones para el movimiento de las personas. Nos asistimos de Foucault (1992), ya en ruta clara, para escudriñar

en las entrañas de ese poder específico, pensarlo en los detalles, sus expresiones, sus variantes, su mecánica de funcionamiento. Como este autor sostiene:

Cuando pienso en la mecánica del poder pienso en su forma capilar de existencia, en el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo, se inserta en sus gestos, sus actitudes, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana (p. 97).

Asumimos, por otra parte, ampliar nuestro horizonte incorporando la noción particular de territorio propuesta por Guattari (2004) como el:

(...) espacio vivido, así como a un sistema percibido en cuyo seno un sujeto se siente en su casa. El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación encerrada en sí misma. El territorio puede desterritorializarse, esto es, abrirse y emprender líneas de fuga e incluso desmoronarse y destruirse (p. 139).

Esta metáfora espacial en su origen nos fue permitiendo no sólo delimitar nuestra zona de búsqueda sino, al mismo tiempo, develar procesos que las conversaciones convencionales y el recorte físico de la indagatoria no aportaban. Con ella finalmente comprendíamos, alentados por las lecturas de Foucault (1992), “que, en la percepción de las implantaciones, de las delimitaciones, del perfilamiento de los objetos, de los gráficos, de las organizaciones de los dominios, lo que se hacía aflorar eran los procesos” (p. 126).

La búsqueda de una representación espacial, revestida ahora de elementos teóricos de alta densidad y peso específico, contribuyó a disponer de recursos con los cuales diferenciar e interpretar entre aquellos espacios y sus prácticas establecidas de origen, según las versiones que nos dieran los pobladores, de aquellos espacios y prácticas reconvertidos, sin su intervención o en contra de ella, como consecuencia de las acciones generadas por la violencia. Comprender, como intentábamos, los comportamientos asumidos por los habitantes de los barrios más vulnerados, su forma de vivir en ellos,

era admitirlo como una consecuencia de la reconfiguración forzada por fuerzas externas a su voluntad. Consistía en asistir por nuestra cuenta a territorios escindidos, divididos, como segunda naturaleza. Para aplicar estas nociones, si bien en una escala analítica mucho menor que la sostenida por De Sousa (2012), a propósito de sus análisis del pensamiento occidental moderno, “La división es tal que el ‘otro lado de la línea’ desaparece como realidad, se convierte en no existente y, de hecho, es producido como no-existente. No-existente significa no existir en ninguna forma relevante o comprensible de ser” (p. 160). Territorios invisibilizados, en efecto, en los que lo comunicado por los habitantes tenía sentido sólo desde ahí, de ese lado de la línea, sobre el que habíamos decidido pararnos después de algunos pasos andados por el proyecto en marcha.

#### **PERCEPCIONES Y REPRESENTACIONES ACERCA DE LA VIOLENCIA EN EL ENTORNO INVESTIGADO**

El conjunto de consideraciones teóricas y empíricas anteriores, en su diversidad, nos permitieron documentar pormenorizadamente la reconversión paulatina, pero imparable, de los territorios que conforman las zonas del estudio como un efecto crucial de la violencia. Fue posible observar un proceso intensivo y amplio de reconversión de prácticas y la inducción, en muchas de ellas largamente estructuradas, de usos alternos, como describimos en su momento en diversos apartados.

Aparece en escena, ante nuestras miradas, de la mano de la violencia, ligada fundamentalmente al narcotráfico, un nuevo actor, hasta esos momentos difuso, sin rasgos claros: los cárteles de la droga y sus sicarios, a partir de los cuales el territorio se rehace al incorporar nuevas prácticas, documentadas masivamente en forma de extorsiones, secuestros, asesinatos.

Mediante la toma del territorio se distorsiona la vida social de sus habitantes, se disuelven los procesos de rutinización; una

primera consecuencia social notable, como un elemento central de la personalidad, en la vida cotidiana. Como documentó intencionalmente Bettelheim, con su propia experiencia en los campos de concentración nazis, un mecanismo institucionalizado de dominio en los campos era la descomposición deliberada de las rutinas, que resultaban esenciales para la praxis social.

La ruptura y el ataque deliberado sobre las rutinas ordinarias de la vida producen un alto grado de angustia, un despojo de las respuestas socializadas que se asocian con la seguridad del manejo del cuerpo y con un marco predecible de la vida social (Bettelheim, citado en Giddens, 2006, p. 97).

Ciertamente, esta consecuencia insidiosa en el modo de vida cotidiano, no proviene de una intención planeada, deliberada e intrusa de los grupos que disputan el valor del territorio, como en los campos del nazismo, ni existe parangón alguno, pero es resultado de sus efectos intensa y extensivamente acumulativos.

Con este cúmulo de acciones, y quizá como efecto agregado, se verá fuertemente fragmentado el uso del tiempo social. Se imponen desde entonces horarios preferenciales para la diversión, el esparcimiento sin riesgo, la llegada al domicilio, sobre todo si no es vitalmente imprescindible estar fuera del hogar.

Como nos manifestaron de múltiples formas los colonos consultados, y lo recopilamos en nuestras notas de campo: *“anteriormente no era así la situación, familias completas se podían observar a altas horas de la noche practicando algún deporte o simplemente jugando con sus hijos, las calles se encontraban llenas”*. Se escenifica, según estas experiencias, una visión teatral del actuar cotidiano: el flujo migratorio cotidiano, concentrado en ciertas horas del día, al caer la tarde se transforma en la imagen de calles desoladas.

En los espacios, rediseñados y refuncionalizados a costa de la vida social comunitaria, se singulariza el territorio. Ante el peligro, leemos en Deleuze y Guattari (2002):

Nos reterritorializamos en cualquier cosa, no conocemos más segmentaridad que la molar, tanto al nivel de los grandes conjuntos a los que pertenecemos como al de los pequeños grupos en los que nos integramos, y hasta en nuestras cosas más íntimas o privadas (p. 230).

Por los efectos anteriores, se erigen nuevas demarcaciones en el interior mismo de los barrios o colonias, se experimentan nuevas cartografías y se rediseñan las calles, que albergan desde ya una larga lista de acciones: asesinatos, levantones, extorsiones, despojo de vehículos. Se inscribe sobre el espacio público un poder paralelo excluyente. Todo poder, establece Foucault, “produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esta producción” (Foucault, 2003, p. 198).

Enajenados los espacios de su uso social primigenio, se agrega a su vocación de origen más de un cometido: misceláneas, tiendas, taquerías, entre otros, convertidas en negocios de distribución y almacenaje de drogas.

Se moviliza en la percepción comunitaria el uso cartográfico del territorio, con todos los elementos anteriores como nuevos componentes con los que habrá que interactuar. En esta nueva geografía, la violencia desde ya marchará sobre ruedas, se masacra o liquida desde los automotores. A menudo los automóviles funcionan como incineradores, depósitos mortuorios o simples receptáculos de restos humanos. Las metáforas asaltarán la semántica del lenguaje convencional al aportar al diccionario comunitario referentes surgidos desde los acontecimientos ligados a la violencia: narcotienditas, levantones, halconeos, sicarios. Metáforas que ahora implican dominio, posiciones, y sustancian hechos y situaciones con las que se convive a diario; todas contienen mensajes grabados por el peso de los hechos, sus magnitudes, su acento lapidario, sus frecuencias, y encarnan asimismo a quienes las representan. La belleza del idioma recreada en imágenes terrenales profusas: “La metáfora es el arma de los fuertes. La utilizan hasta saciarse

para hacerla natural y evidente. De pronto, las palabras mismas dan miedo” (Augé, 2014, p. 15).

La escenografía, al repetirse tantas veces, normaliza lo indecible, lo vuelve asequible, se acepta, digiere, se justifica, se convive sin alternativas con ello. Junto a los efectos secundarios de las rupturas de la vida cotidiana, en el sentido establecido más arriba, advertimos la ocurrencia de “un proceso de resocialización en el que se restablece una actitud de confianza (...) que incluye una identificación con figuras de autoridad” (Giddens, 2006, p. 98). Como destaca de nuevo la experiencia de Bettelheim descrita por Giddens:

La secuencia de angustia acrecentada, regresión, a la que sigue una construcción de pautas de acción ejemplares (...) se presenta en una serie de acciones críticas en contextos por lo demás muy diferentes, como respuestas a verse en líneas de fuego en el campo de batalla durante periodos prolongados (...) y a otras condiciones de apremio extremo (Giddens, 2006, p. 98).

En estas circunstancias se dispone por primera vez de un discurso que logra articular los diversos registros de lo que sucede cotidianamente, a todas horas. La comunidad entera comparte códigos de comunicación: frases, imágenes, proposiciones. La violencia se constituye ciertamente como objeto:

El objeto no aguarda en los limbos el orden que va a liberarlo y a permitirle encarnarse en una visible y gárrula objetividad; no se preexiste a sí mismo, retenido por cualquier obstáculo en los primeros bordes de la luz. Existe en las condiciones positivas de un haz complejo de relaciones (Foucault, 1991, p. 73).

Las instituciones que dispensan habitualmente resguardo y seguridad se diluyen, son francamente inoperantes o acaso invisibles a lo evidentemente atroz de la realidad de la violencia cotidiana, que campea sin control; cuando no, son partícipes directos “*los mismos preventivos se la pasan robando a la misma gente, vacían el tanque de gasolina de las patrullas y se lo llevan*”, comentaba una de las autoridades comunitarias consultadas.

En otras, momentos y espacios están en condiciones tan vulnerables como los habitantes civiles comunes, o carecen de la capacitación para contrapesar las respuestas de los grupos delincuenciales; *“la policía que, a su vez, sólo se pasa de largo sin ponerles atención ya que también viven con el miedo de alguna represalia, como se ha llevado a cabo no sólo con los policías sino con todas las personas en general”*.

En amplios márgenes del territorio estudiado por los investigadores, la autoridad municipal ha sido suplantada, a menudo con registros palpables de su convivencia, como en el ejemplo inmediato anterior, por múltiples grupos que dominan no sólo el tránsito cotidiano de los habitantes sino que han asumido, asimismo, el control del peaje de los impuestos al implantar cobro de cuotas para las diversas actividades económicas establecidas. Como nos narra el propietario de un puesto de vendimias en el mercado principal de la colonia, *“éste ha sido uno de los lugares más perjudicados por la delincuencia organizada al llevarse a cabo varios asesinatos, extorsiones y cobro de cuotas”*.

Ante lo inocultable e indecible de los sucesos, de sus manifestaciones más explícitas, de la irritación social que metaboliza de a poco los hechos de la realidad, se intensifican en el plano institucional las acciones de contención de corte netamente policiaco.

Con ello, en la cartografía que constituye la nueva realidad, aparece un segundo actor que desterritorializa desde arriba (Haesbaer, 2013): el Estado; con su presencia se crean zonas de excepción en una sociedad de origen fragmentada, insegura y acorralada. Como sostiene Guattari (2004): *“la desterritorialización consistirá en un intento de recomposición de un territorio empeñado en un proceso de reterritorialización”* (p. 139), y el Estado ha entrado a jugar sus cartas en una arena donde el miedo ha echado raíces. El temor, propio de la condición humana, se vuelve una característica del actuar cotidiano. Como señalan al respecto Deleuze y Guattari (2002):

Constantemente tememos perder. La seguridad, la gran organización molar que nos sostiene, las arborescencias a las que nos aferramos, las máquinas

binarias que nos proporcionan un estatuto bien definido, las resonancias en las que entramos, el sistema de sobrecodificación que nos domina (p. 230).

En reemplazo de estrategias eficaces de intervención, se inventan neologismos para tal propósito: *polígono de seguridad*; se eligen sitios y se trazan sus contornos, como en una zona de guerra, se montan las trincheras, que incluyen las zonas más vulneradas y altamente agredidas. Se apuesta con ello a crear nuevos imaginarios y fuentes alternas de producción semiótica, pero sobre todo de consumo doméstico para restituir seguridad psicológica; la dimensión más asediada por los hechos de violencia, el poderío mediático con su producción de imágenes de fuerza militar sustituye la eficacia de las instituciones, se promociona su fortaleza en papel y simbólica.

En esta cartografía interactiva de dos caras, operada por una parte por la delincuencia y delimitada por el Estado por la otra, la violencia persiste, se encarna, se exagera, desplaza familias enteras; como en la siguiente experiencia recogida en nuestras notas de campo: *“Fueron a mi casa a informarnos que deberíamos dar una cuota mensual; como no cumplimos el día que fueron por el primer pago, balacearon nuestra casa; desde entonces tuvimos que abandonarla”*.

Las experiencias como ésta son comunes en un número indeterminado de habitantes, y afloran a la primera demanda cuando el miedo no se ha somatizado al nivel de trauma, o se ha despojado al organismo del mecanismo psicológico básico de huida. Con De Sousa, desde una dimensión política de los acontecimientos, descubriremos que el tipo de violencia descrito anteriormente ha traído consigo “destrucción física, material, cultural, humana” (De Sousa, 2012, p. 16).

Las estadísticas mortuorias, revelan que “el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo (...) su vida cotidiana” (Foucault, 1992, p. 97); se convierten en sólo un aspecto acumulativo más de la escenografía. En los últimos tres años, según información del Sistema Nacional de Seguridad en Guerrero, fueron asesinadas de manera dolosa 5,426 personas; en este nuevo

plano, el nivel de indefensión se acrecienta, muerde las entrañas. A las restricciones de movilidad impuestas por la violencia, y las nuevas demarcaciones funcionales en los territorios habitados por ésta, se agregan otras expresiones más individualmente insidiosas y erosivas. Acechan, para expresarlo con Foucault (1992), “en el punto en el que el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo, se inserta en sus gestos” (p. 97). Las estadísticas sumarias de la misma instancia muestran que en ese mismo periodo fueron secuestradas 453 personas. Las extorsiones, un lado poco visible y de menor estridencia pública, pero altamente insidioso en el marco de la economía social, por su forma subrepticia de operar y sus consecuencias, se situaron en 318 y, por otra parte, 4,641 propietarios de automóviles fueron despojados de manera violenta de sus vehículos.

## LA DESTRUCCIÓN DE LOS LAZOS SOCIALES

Por si todo lo anteriormente dicho no bastara, la instalación e intensificación de la violencia ha contribuido, al mismo tiempo, a socavar y disolver antiguos vínculos comunitarios. Las narrativas constatan las experiencias puntuales compartidas colectivamente; al respecto, se enumeran los lados vulnerados de la convivencia, se recogen los vocablos incorporados a la descripción de la realidad inmediata, se ubica a los sujetos de aprendizaje (los niños), se descubre cómo la violencia “se inserta en sus gestos” (Foucault, 1992, p. 97), se delinean los nuevos oficios en los que participan integrantes del vecindario: *“En la colonia se puede identificar una temerosa actuación de los ciudadanos cuando salen a las calles, se perdieron muchos comportamientos de amistad entre los ciudadanos, ya no casualmente se saludan, se notan los espacios sucios y descuidados. Las personas salen con miedo a presenciar o a estar involucradas en percances, como los que suceden a lo largo de los días; es triste escuchar a los niños hablar con términos desagradables como: narco,*

*mañana, federales, soldados, secuestro, o frases como: ‘en la tienda que está cerca de mi casa pasan a pedir cuota y si no las dan los balacean, mi vecino se la pasa cortando cabezas, acaban de matar a un persona que yo conozco.’”*

El discurso sociológico estimaría que en todos estos rasgos no hay unidad, pero todos en conjunto apuntan a darle identidad a los hechos consumados como violencia.

Desde una mirada etnográfica diríamos que: “Los espacios públicos en los que debatir sobre la violencia no existen, están fragmentados, desequilibrados” (Augé, 2014, p. 3). La ciudad sacudida en sus entrañas, inestable, torturada, “se traumatiza” (De Certeau, 2000) por los acontecimientos.

Al caminar por las calles de sus barrios, el transeúnte redescubre una ciudad contenida en sí misma, replegada en su orgullo y antropología bullanguera, esperando un mañana distinto, “*a ver cuándo termina esto*”, suele oírse entre algunos de sus habitantes. El ciudadano común no dispone de herramientas para revertir las secuelas de la transformación que la ciudad ha sufrido a costa y a pesar de ellos, no acierta a recomponer su territorio, del que de súbito fue despojado.

Por el contrario, al mismo tiempo que se vive en alerta permanente, se desarrollan, bajo estos cielos contrariamente apacibles, nuevas mortificaciones y nuevas místicas que dan cuenta, en paralelo, de los diversos actores involucrados: “*Aquí en la colonia te tienes que cuidar de los policías, de los malos, y cuando andes por la calle que Dios se apiade de tu alma*”.

Por otra parte, podríamos decir que entre los moradores el dolor se calla, se comparte sólo para sus adentros, se susurra para distraer la realidad que pesa como un fardo. La inhumanidad que se refleja en estas diversas sensaciones y sentimientos puede ser descrita, según lo que luminosamente escribió Paul Celan (2002), en los siguientes versos: “*Negra leche del alba la bebemos de tarde/  
La bebemos a mediodía de mañana la bebemos de noche/  
Bebemos y bebemos.*”

El poema de Celan, al describir los horrores vividos en carne propia en su cautiverio en los campos de concentración nazis, al sintetizar en ellos miles de experiencias, redescubre, desnuda, no sólo la fragilidad humana, que nos comparte tan estéticamente en unos pocos versos, sino que pone al descubierto también la sinrazón de los acontecimientos, y la nefasta capacidad de las conductas humanas para desdoblarse en los tiempos y lugares tan diversos y distantes al suyo.

Por otra parte, las manifestaciones externas de descontento no llegan a articularse, no hay consensos que detonen acciones, no hay porosidad social que descubra las pérdidas humanas y materiales que el conflicto ha impuesto a sangre y fuego. Los esfuerzos ciudadanos no encuentran los canales de información para hacer patente la necesidad. Los autores materiales e intelectuales se cubren bajo el manto de múltiples tonalidades, la bruma impune de las complicidades entre delincuentes y autoridades se dibuja más espesa. Aún no se descubre un hecho sociológico básico que, sin embargo, parece incubarse en tiempos mejores.

La sociedad humana tiene la propiedad esencial de que la publicidad de las acciones influye en las acciones mismas. El comportamiento global de los hombres se transforma cuando están expuestos ante el público, ante sus ojos y ante su juicio (Heller, 1985, p. 127).

En intensas situaciones de asedio, la comunicación es una más de las víctimas, pues pierde esencialmente su carácter autopoiético, en el sentido ya tratado en este texto; se diluye su carácter transmisor de los contenidos de las relaciones interhumanas y sociales, que es característico de la comunicación humana en tiempos de estabilidad social.

Hasta ahora parece temprano aún, y nadie repara en los daños a la salud pública y el lugar que ocupan los traumas en la psique individual, así como sus consecuencias futuras; las constelaciones dejadas como herencia. Como lo advierten algunos estudios: “Las

experiencias traumáticas se transmiten a la siguiente generación a través de procesos de vinculación emocional” (Ruppert. 2012, p. 38).

El autor sugiere con ello una facultad humana intrínseca en la que el “sentido de vinculación se encuentra en el descubrimiento de neuronas espejo” (*ibid*, p. 53). Según los trabajos en esta línea de investigación sobre las constelaciones, encontraríamos:

La existencia de células nerviosas específicas que siempre se encienden dentro de una persona cuando esta realiza una acción determinada (...) estas células nerviosas también se encienden en el *observador* de una persona que realiza la acción (...) las células nerviosas del observador reflejan como un espejo el entorno y se encienden de la misma manera que en el cerebro de la persona que actúa (p. 53).

Parece necesario entonces establecer proyectos de trabajo e investigación que formulen hipótesis sobre posibles consecuencias en las generaciones futuras, y acotar con propuestas puntuales sus efectos previsibles.

Justamente este trabajo, como decíamos en el debut del mismo, constituye un esfuerzo por integrar un cúmulo ciertamente muy acotado de experiencias cotidianas de sobrevivencias exitosas en algunas zonas habitacionales específicas del conflicto; da cuenta de sus características y condiciones de operación. Se nos ocurre acudir al mecanismo que la ciencia psicológica y de la salud ha impulsado en tiempos recientes: la resiliencia. Las estrategias colectivas puestas en marcha en condiciones límite deben tener explicaciones plausibles y, por ahora, tenemos al alcance indagar en aquellos factores que puedan dar cuenta de ello. El de resiliencia es uno de ellos. Richarson y colaboradores (citado en Henderson, y Milstein, 2005), la describen como: “El proceso de lidiar con acontecimientos vitales disociadores, estresantes o amenazadores de un modo que proporciona al individuo destrezas protectoras y defensivas adicionales a las previas a la disociación resultante del acontecimiento” (p. 26). Wolin y Wolin, por su parte, hablan de “la capacidad de

sobreponerse, de soportar las penas y de enmendarse a uno mismo” (*op. cit.*, p. 26).

No obstante, uno y otro sólo dan cuenta de una cara de la moneda: la explicación de las conductas de sobrevivencia. Falta aún identificar los factores protectores internos que otorgan soporte a esas vivencias específicas, así como aquellos otros de orden ambiental que contribuyen a erigir las soluciones pertinentes.

Posturas más abarcadoras atribuyen a las personas una alta capacidad para fabricar con constancia nuevas subjetividades. Guattari (1998) sostendrá que las personas construyen permanentemente nuevas referencias en las que confluyen dimensiones externas a ellas como internas. Como dijera el autor:

Los procesos de subjetivación o de semiotización no están centrados en agentes individuales sino doblemente descentrados (...) implican el funcionamiento (...) tanto de naturaleza extrapersonal, extraindividual (sistemas maquínicos, económicos, sociales, tecnológicos, icónicos, ecológicos, etológicos, de medios de comunicación de masas) (...) como de naturaleza infrahumana, infrapsíquica, infrapersonal (sistemas de percepción, de sensibilidad, de afecto, de deseo, de representación, de imagen y de valor, de modos de memorización y de producción de ideas, sistemas de inhibición y de automatismos, sistemas corporales, orgánicos, biológicos, psicológicos...) (p. 45).

De lo que se trata, en síntesis, es de hacer asequible a la comprensión la riqueza acumulada por las comunidades para sobreponerse a situaciones de asedio y violencia extremas; se trata de dar cuenta en qué condiciones de producción social emergen y son objeto de apropiación colectiva.

## **ALGUNAS REFLEXIONES DE TRABAJO**

Se ha intentado reconstruir las condiciones en que viven los habitantes de algunas colonias de Acapulco, sus percepciones acerca

de la violencia y sus distintas consecuencias en la vida cotidiana, a partir y en el contexto de las acciones ligadas al narcotráfico. En realidad, más que exponer conclusiones al respecto, las ideas que siguen constituyen sugerencias de estudios ampliados y, si acaso, de intervención psicológica y social.

En cuestiones de intervención en el plano comunitario, los psicólogos estamos a menudo fuera de la fiesta, para volver referencialmente a Bruner. Por ejemplo, se intenta poner de manifiesto la importancia que tendría estudiar los efectos que ha incubado en la vida social la exposición de las personas a una intensa tensión y a la ruptura de las formas tradicionales de convivencia cotidiana. Pero no sólo se revela esta temática como una perspectiva de estudio, sino para proponer al mismo tiempo formas factibles de restituir la confianza social cotidiana, y de volver a unir los lazos sociales destruidos por las experiencias traumáticas de los últimos años en la ciudad.

Como también se ha procurado mostrar, se desconocen otros múltiples impactos que los hechos de violencia han traído en el plano de la salud pública. Éste podría convertirse ciertamente en un proyecto que rebasa los intereses individuales, en un trabajo no sólo de documentación sino, al mismo tiempo, de intervención institucional.

Un proyecto sin duda muy prometedor para las temáticas que podrían estudiarse desde presupuestos teóricos de la psicología cultural, consistiría en documentar la microcultura creada, aprovechar las experiencias desarrolladas por los habitantes de las zonas acorraladas por la violencia, para resistir a ella o para incorporarla como un hecho cotidiano.

Otros estudios podrían indagar en el operar táctico de los sujetos, de la capacidad de conducirse con habilidad en territorio minado y ajeno. Como apuntara De Certeau respecto a la táctica (1996):

Es] un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro [...] lo “propio” es una victoria del lugar sobre el

tiempo. Al contrario, debido a su no-lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a “coger al vuelo” las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos “ocasiones”. Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas (p. 49).

Resultaría interesante indagar, siguiendo a De Certeau, acerca de las capacidades para operar en condiciones límites para las propias vidas e integridad, y cómo sobreponerse a escenarios que superan sus capacidades individuales.

Como sugiriera insistentemente Guattari (1998): “Cualquiera que sea el peso de las estructuras de poder de los grandes conjuntos, existe una infinidad de potencialidades moleculares y se producen prácticas revolucionarias moleculares que no tienen que ser entendidas como algo individual” (p. 74).

Habría que promover iniciativas institucionales sobre cómo resguardar esos artefactos esencialmente culturales, construidos por los habitantes en medio de situaciones extremas, como las que aquí se han querido mostrar.

Quizás habría que otorgar un reconocimiento a la capacidad humana para generar nuevas subjetividades, articuladas alrededor de sus capacidades autopoieticas, en el sentido sostenido por Luhmann y Guattari; es decir: “la idea de que los sistemas, [en tanto instancias creadoras] no solamente ponen en acción sus propios elementos, sino que también autoalimentan su estructura; hacen una autoproducción existencial, que crea, no solamente sus estructuras internas, sino también en referencia con el mundo, la relación con la alteridad” (Guattari, 1998, p. 53).

Precisamente para Guattari, en el ser humano la autopoiesis “no se instituye entre términos equivalentes en un mismo campo de referencia, sino que implica el diseño de universos de referencia heterogéneos” (Guattari, 1998, p. 59).

El estudio nos remite también a aspectos metodológicos que habrá que seguir explorando. Particularmente, en tanto contribución

específica de la cartografía al diagnóstico de la violencia, nos ha permitido sumergirnos en las zonas altamente vulneradas, avistar sus horizontes para construir y representar diversos hechos, implicarnos buscando rescatar la voz de los sujetos, callada por el miedo.

En los distintos pasajes, por otro lado, los análisis propuestos no guardan una línea teórica homogénea; en tal sentido, sin ser una muestra heterológica de autores y perspectivas, en el tratamiento de este tema específico, se revelan capaces de dar cuenta de las conductas humanas que subyacen en los diversos actores entrevistados y, finalmente, podrían fungir como guías para estructurar alternativas viables al caso.

Con todo, ha sido un largo e intenso proceso el que nos trajo hasta aquí. Nos ha resultado difícil como equipo hacer inteligible lo que vimos, delimitar el territorio del campo de violencia, hacerlo asequible, como establece Foucault (1997), lograr que se organice, se “coagule” (p. 162).

## REFERENCIAS

- Augé, M. No-lugares y espacio público. <http://paisarquia.files.wordpress.com/2011/03/auge-no-lugares-y-espacio-publico.pdf>. Consultado el 5 de noviembre de 2014.
- Bronfenbrenner, U. (2002). *La ecología del desarrollo humano*. México: Paidós.
- Bruner, J. (2012). *La Educación, puerta de la cultura*. Madrid: Machado.
- Celan, P. (2002). *Obras completas*. Madrid: Trotta.
- Cole, M. (1999). *Psicología cultural*. Madrid: Morata.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- De Certeau, M. (2012). *La posesión de Loudun*. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G., Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- De Benavides, C. (2004). Presentación, en Ortega, F. (Ed). *Cuadernos Pensar en Público, número 0. La irrupción de lo impensado. Cátedra de estudios culturales Michel de Certeau*. Bogotá: Universidad Javeriana.

- De Sousa, B. (2012). *Una epistemología del sur*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002). *El orden del discurso*. Barcelona: Fábula, Tusquets Editores.
- Foucault, M. (1997). *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1991). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- Galindo, J. (2009). Apuntes para una sociología de la violencia, Barbosa, M., y Yébenes, Z. (Coords). *Silencios, discursos y miradas sobre la violencia*. México: UAM-Anthropos, pp. 201-232.
- Guattari, F. (1998). *El devenir de la subjetividad. Conferencias, Entrevistas, Diálogos (Chile, 1991)*. Santiago de Chile: Dolmen ediciones.
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficante de sueños.
- Guattari, F. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Guidens, A. (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Habegger, S., y Mancila, L., (2006). *El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o La Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. Consultado el 15 de marzo de 2014 en: [http://areaciega.net/index.php/plain/Cartografias/car\\_tac/el-poder-de-la-cartografia-social](http://areaciega.net/index.php/plain/Cartografias/car_tac/el-poder-de-la-cartografia-social)
- Haesbaert, R. (2014). Conferencia *Territorio, poder y desterritorialización: una mirada latinoamericana*, en: [http://www.youtube.com/watch?v=xCru0UZE\\_2w](http://www.youtube.com/watch?v=xCru0UZE_2w)
- Heller, A. (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. México: Grijalbo.
- Henderson, N., y Milstein, M. (2005). *Resiliencia en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.
- Ruppert, F. (2012). *Trauma, vínculo y constelaciones familiares. Comprensión y curaciones de las lesiones del alma*. México: Paidós.